

ct

El prisionero

de
José Luis de Blas Correa

(fragmento)

(A partir de una idea original de José Manuel Seda)

DRAMATIS PERSONAE

SEDA / PRISIONERO

Idealmente, un único actor interpretará los dos personajes del binomio SEDA-PRISIONERO, en una suerte de duólogo.

PRIMERA PARTE: NEGACIÓN.

Un universo cerrado, como un pozo sombrío, y en su fondo, titilando con la desesperación de una llama inquieta: una respiración. Algunos girones de ropa envuelven tímidamente esta respiración entrecortada, impregnada de humedad. Los ávidos charcos, surcan sin rumbo fijo las losas del suelo buscando un lugar donde estancarse, cual hojas rasantes antes las cuales sólo queda entregarse a la esquivia o el contorsionismo. A veces se escucha un chapoteo de pequeñas patas, una sombra se multiplica sobre el agua, y un rugido agudo se estrella contra las paredes. La mordedura es un agujón certero, y el dolor, indescriptible, inesperado, levanta su cuerpo con una energía agónica, sacándole un grito de lo más profundo del alma.

PRISIONERO

¡Malditas! ¡No acabaréis conmigo! ¡Me robaréis el sueño, nada más! ¡Apartaos! ¿Por qué estas salvajes mordeduras? ¡Yo también tengo hambre! Pero mi hambre es hambre de luz. Es sed de mundo. Yo no me oculto entre las sombras, la oscuridad me tapa. Yo no me desvío de la luz, la luz me está prohibida. ¡No os acerquéis! ¡Sé que estáis ahí! Oigo vuestra respiración. Veis el hambre como enemigo, no como acicate, y corréis a aplastarla como a una hormiga. Yo también tengo hambre, sí. Pero mi hambre no puede saciarse llenando el estómago.

Silencio total.

Un momento ¿Silencio, ahora? ¿A qué aguardáis? Ya. Ya entiendo. No. No caeré rendido. La vigilia será mi escudo ¡No podréis conmigo! No os dejaré. Ellos piensan que es cuestión de tiempo. Que podrán doblegarme, poniéndome un bozal o una cadena. Pero ¿qué pueden los que ordenan sobre los que sueñan? No saben que ya he volado, que nunca estuve preso, que me escurro entre las grietas. ¡No soy carnaza! ¡No os serviré para dar ejemplo! Si este cuerpo es voz, y esta voz, aquí, en el pecho, es aire y vibración capaz de traspasar muros, y penetrar unos oídos al otro lado, yo estaré donde mis palabras. Si desde allí alguien me escucha, yo me encontraré donde mis ecos vuelen y se posen. Soy un espejismo, una sombra, un destello. Y no hay celda que pueda contenerme.

Extenuado, extiende el brazo y apoya la palma de la mano sobre la piedra, para sostenerse. La mano descubre entonces el tacto de la superficie, y ésta le sugiere un pensamiento.

¿Qué diferencia esta celda de cualquier otra estancia? Son lo mismo, mas cambia el inquilino. A fin de cuentas, el mundo no está ahí fuera. El mundo es creado aquí dentro, en la cabeza, y así, la cabeza es celda del pensamiento. ¿Qué sois, entonces?! ¿Sombras de dientes afilados, o demonios de cosecha propia? ¡Contestad! ¿No me habéis oído?! Cuando la muerte me arrope con su manto de tierra, se extinguirá y desaparecerá el mundo. ¡Mostraos!

No hay respuesta, ni movimiento a su alrededor. Sumerge las manos y se enjuaga la cara, ocultando brevemente sus facciones. Seda sale de la oscuridad central y camina alrededor de esta, mirando hacia dentro.

SEDA

¿Cómo puede un hombre, cualquier hombre, no tomar en serio esta pocilga? No hay lugar donde posar la mano, sin mancharla. No hay resquicio del que no brote un pincho, o filo que eluda segarte un pie desnudo. El frío es perenne, y la humedad te destroza. ¿Cómo siquiera respirar, o dormir, sobre este suelo encharcado?

Piensa y encuentra ideas para el espacio escénico.

La pestilencia se te mete hasta las sienes, nublandote las pocas ideas que te queden.

Consulta un libro sobre la Historia de Venecia.

Aquí está: “Los magistrados de las Aguas no logran encontrar solución al desbordamiento de los ríos Piave, Brenta y Sile. Mas, ¿qué puede hacerse en una ciudad sin alcantarillas, donde los desperdicios se vierten a los canales? ¿Una ciudad cuya única manera de limpiarse es mediante la acción de las mareas?

Piensa un segundo.

No será el hedor, ni la piedra helada. No serán las ratas, que esperan su momento para devorar tu carne, ni la promesa de la luz, empeñada en dejarte ciego. Ninguna de esas cosas, unidas a la soledad, el hambre, o la enfermedad, harán de sarcófago a tu alma.

Encuentra una solución.

Será tu orgullo. ¡Tu orgullo! Porque tu peor enemigo no está fuera. Lo llevas en las entrañas.

Empieza a empujar el escritorio hacia el espacio del prisionero.

Sobre este escueto escritorio, tienes algunos enseres. Pergamino, pluma, tinta. Con muy poco, puede uno romper sus grilletes. Casi nada se te pide. Escribe una carta, y aparta los nubarrones que se ciernen sobre esta... laguna en miniatura. Acaba pronto, y firma al final. Un consejo: Que sea la razón la que dé firmeza al pulso, y el trazo aparezca cuerdo y decidido, a ser posible. En suma, que el buen juicio esté detrás de tu brazo, guiando tu muñeca hasta la misma punta del cálamo.